

El Nuevo pensamiento Latinoamericano: desafío para este siglo

Alfonso Rodríguez(University of Northern Colorado)

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 tuvo un impacto incalculable en el desarrollo del pensamiento latinoamericano contemporáneo. Este gran experimento histórico suponía la liberación de Cuba del legado colonial español y de la influencia imperialista norteamericana. Representaba además un buen augurio para la futura liberación de los pueblos oprimidos de Latinoamérica. La guerra fría entre las dos superpotencias estaba en su apogeo. Los caudillos revolucionarios como el Che Guevara se habían convertido en leyendas vivientes. En Latinoamérica, artistas, escritores, intelectuales y periodistas se vieron afectados por la fiebre del socialismo marxista, y veían a la Unión Soviética como la potencia que estaba a la vanguardia del progreso humano e impulsaba la liberación de los pueblos sojuzgados del llamado Tercer Mundo. A los Estados Unidos se les veía como el "Coloso del Norte", sede del imperialismo opresor. Para los intelectuales latinoamericanos el apoyo a los principios de la Revolución Cubana era un artículo de fe del cual no estaban dispuestos a desviarse. Aun después de que se desvanecieron las ilusiones y se revelaron innumerables actos de represión, arbitrariedades, crímenes y violaciones de los derechos humanos, muy pocos intelectuales se atrevieron a

poner en tela de juicio el modelo cubano. Siempre buscaban alguna justificación para seguir apoyando a la Revolución. Sin embargo, hubo aquellos que lograron ver las cosas con claridad y optaron por confrontar la realidad real de una manera objetiva y honesta y tuvieron que enfrentarse a repudios y críticas severas.

Uno de los precursores del nuevo pensamiento latinoamericano es el poeta y pensador mexicano Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura en 1990. Paz había profesado el marxismo durante los años de la guerra civil española, pero poco después empezó a notar las grandes contradicciones de esa filosofía, y sobre todo, hizo cambios en su pensamiento ante las revelaciones sobre los horrores dentro de las prisiones estalinistas. Ya desde los años cincuenta Paz empieza a abrir brechas con sus análisis penetrantes, apartándose así del canon izquierdista. Y en las décadas siguientes continúa elaborando su pensamiento con valoraciones concienzudas. Su pensamiento político se contiene en los libros: *El ogro filantrópico* (1979), y *Tiempo nublado* (1983). Y más tarde, hace una recapitulación de las mismas ideas en su libro autobiográfico *Itinerario* (1994).

Paz se queja primeramente de la ausencia de autocrítica dentro del socialismo. Señala la falta de honestidad de los intelectuales faccionarios, que denuncian los crímenes de un Pinochet pero callan los crímenes de un Fidel Castro. Este tipo de razonamiento lo considera Paz infantil e inmoral (1979:197). En Latinoamérica no hubo abjuraciones ni retracciones de los intelectuales como las hubo en Francia, por ejemplo, desde los años veinte. Socialismo y marxismo llegaron a ser sinónimos de prisión, dice Paz, pero el anquilosamiento y la insensibilidad moral de la izquierda latinoamericana no le permitía ver los horrores de los regímenes

marxistas (1979:198-199).

Lo que hecha de menos Paz es ese espacio que existe en todas las verdaderas democracias donde se ventilan las diferencias políticas, se cultiva el diálogo y se respetan las opiniones de los demás. El poeta mexicano observa que los intelectuales de izquierda, con excepciones muy contadas, "prefieren las ideas a la realidad y los sistemas intelectuales a la crítica de los sistemas" (1983:166). Y señala que eso es así porque su actitud es esencialmente religiosa, y se convierte en un dogma, o más bien en una seudoreligión. Es, pues, una actitud idéntica a la de los antiguos cruzados, y a la de los defensores del neoescolasticismo, que juraban en nombre de Santo Tomás. Estos juran en nombre de Marx, pero en ambos se advierte un afán por defender una verdad absoluta (Ibid). En este sentido el marxismo deja de ser una doctrina y se convierte en una fe que encarna en un partido. El partido a su vez posee una doble identidad: es iglesia y es ejército. Y así como los antepasados veían en la monarquía una institución divina, y al monarca como escogido de Dios, así los marxistas de nuestros días han visto al partido como un instrumento de la historia, y a sus dirigentes como los intérpretes de esa historia. Concluye Paz diciendo: "Asistimos al regreso del absolutismo, disfrazado de ciencia," historia y dialéctica. (1983:178).

Pero, ¿a qué se debe esta extraña aberración por parte de los intelectuales marxistas? Paz explica que se debe a una profunda falla en la conciencia del intelectual. Dice: "Arrancados de la totalidad y de los antiguos absolutos religiosos, sentimos nostalgia de totalidad y absoluto. Esto explica, quizá, el impulso que los llevó a convertirse al comunismo y a defenderlo. Fue una perversa parodia de la comunión religiosa." (1994:76). Con todo,

hay algo que permanece sin una explicación adecuada, y Paz lo expresa con una pregunta: “¿como explicar su silencio ante la mentira y el crimen?” (Ibid). El poeta mexicano entonces concluye que el intelectual se ha traicionado a sí mismo y ha caído en la abyección (Ibid).

En 1996 aparece un libro con un título llamativo en el que unen sus esfuerzos tres intelectuales: Plinio Apuleyo Mendoza (colombiano), Carlos Alberto Montaner (cubano) y Alvaro Vargas Llosa (peruano e hijo del novelista Mario Vargas Llosa). Su libro: *Manual del perfecto idiota latinoamericano*. Como ensayo, sigue la pauta crítica de Octavio Paz, pero con una gran diferencia. Mientras que los ensayos de Paz entrañan el tono sobrio, grave y elocuente que caracteriza la prosa del poeta mexicano, *Manual del perfecto idiota* es un libro jocosos y satírico en el que las críticas se lanzan como puñetazos. Su propósito es analizar uno por uno los postulados de la izquierda marxista para luego deconstruirlos en forma de mordaces burlas.

Es válido señalar que en cierto momento de su vida estos tres escritores estuvieron apegados a la ideología izquierdista. Sin embargo, la realidad les mostró otra cara y llegaron a despojarse del influjo izquierdista. Y ahora, explican ellos, ven las cosas con más objetividad y claridad mental.

Según el libro, ¿quién es el típico idiota latinoamericano? Todo aquel que, como un beato, se aferra en defender una ideología caduca y resquebrajada, que no cuadra con la realidad real. El típico idiota es aquel que prefiere culpar a otros de los atrasos sociales y políticos del continente en vez de asumir la tarea de pensar con claridad y obrar con integridad moral. En vez de reconocer las verdaderas causas del subdesarrollo latinoamericano, el idiota opta por lanzar fáciles acusaciones—la mayoría de las

veces infundadas—contra factores externos, tales como: el neocolonialismo, el imperialismo, la CIA, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, entre otros.

Los autores del *Manual* atacan las contradicciones y el contrasentido de la filosofía izquierdista arguyendo que la aplicación de tal pensamiento a la realidad latinoamericana sólo ha logrado generar más miseria y atraso. A la vez los autores abogan por el liberalismo como el único camino hacia la construcción de sociedades más democráticas y progresistas. Para esto presentan ejemplos abundantes de países que han aplicado este sistema con excelentes resultados, países no sólo de Europa occidental sino del llamado tercer mundo. En un capítulo los autores hacen un recuento de los diez libros principales que han forjado el pensamiento del idiota latinoamericano y explican brevemente su contenido destacando sus fallas fundamentales. Al introducir la biblioteca política del idiota explican, de forma satírica, que el idiota suele ser un lector muy ávido, pero de malos libros. Dicen en son de burla: “No lee de izquierda a derecha, como los occidentales, ni de derecha a izquierda, como los orientales. Se las ha arreglado para leer de izquierda a izquierda. Practica la endogamia y el incesto ideológico. Y con frecuencia, no es extraño que estas lecturas lo doten de un aire de superioridad intelectual. Quienes no piensan como ellos es porque son víctimas de una especie de estupidez congénita. Soberbia que proviene de la visión dogmática que inevitablemente se va forjando en las mentes de quienes sólo utilizan un lóbulo moral en la formación de sus juicios críticos.” (1996:269).

Los diez libros que los autores señalan como blanco de sus ataques son los siguientes: *La historia me absolverá* (1953), de Fidel Castro; *Los condenados de la tierra* (1961), de Franz Fanon;

La guerra de guerrillas (1960), de Ernesto Che Guevara; *¿Revolución dentro de la revolución?* (1967), de Régis Debray; *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (1969), de Marta Harnecker; *El hombre unidimensional* (1964), de Herbert Marcuse; *Para leer al pato Donald* (1972), de Ariel Dorfman y Armand Mattelart; *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1969), de Fernando Enrique Cardoso y Enzo Faletto; *Hacia una teología de la liberación* (1971), de Gustavo Gutiérrez; y por último, *Las venas abiertas de América Latina* (1971), de Eduardo Galeano. Ahora bien, estos diez libros se agrupan, según los autores del Manual en tres categorías: 1) los que profetizan la caída de la democracia y el capitalismo y el desmoronamiento de los valores occidentales, 2) los que explican cómo se debe obrar para derrumbar el capitalismo, y 3) los que expresan la visión de un futuro glorioso en el que las sociedades se regirán según las enseñanzas del marxismo-leninismo. Vale decir que, esto último, los autores lo encuentran un poco chistoso, ya que como ellos mismos apuntan: “en los años en los que el idiota alcanza su mayor esplendor histórico—desde mediados de los cincuenta hasta fines de los ochenta—ya se sabía con bastante claridad que los paraísos del proletariado no eran otra cosa que campos de concentración rodeados de alambre y espino.” (1996:270).

Entre los diez libros citados ocupa un lugar de honor el del uruguayo Eduardo Galeano. Por ende, además de incluirlo entre los diez, los autores le hacen un análisis aparte en otro capítulo. Pero, ¿por qué razón lo convierten en el blanco de sus ataques más acerbos? Los autores lo explican así: “No existe un mejor compendio de los errores, arbitrariedades o simples tonterías que pueblan las cabecitas de nuestros más desencaminados radicales. No hay, además, un libro de su género que haya tenido tantas

ediciones, traducciones y alabanzas. No se conoce en nuestra lengua, en suma, una obra que—como ésta—merezca ser considerada como la *biblia* del idiota latinoamericano o, por la otra punta, como el gran culebrón del pensamiento político.” (1996:303).

Los autores comienzan el análisis de *Las venas abiertas de América Latina* comentando la imagen poética que le da el título a la obra y afirmando que se basa en una suposición falsa, ya que, como metáfora, está bien lograda, pero de entrada nos lleva a la distorsión de la verdad. Al imaginarse Galeano a América Latina como a un cuerpo desvalido, indefenso, tendido entre los dos océanos; y a Europa primero, y después a los Estados Unidos como buitres insaciables que le chupan las sustancias vitales, está adentrándose en el mundo de la fábula y la literatura de la imaginación mas no en la realidad histórica. Allí comienza, entonces, el error de Galeano en su análisis de la realidad latinoamericana.

El primer postulado que se expresa en *Las venas abiertas* es la idea de Galeano de que, en la división internacional del trabajo, “unos países se especializan en ganar y otros en perder.” Según los autores del *Manual*: “Nadie se especializa en perder. Todos (los que hacen bien su trabajo) se especializan en ganar” (1996:46). Lo que no se le ha ocurrido a Galeano, dicen, es la idea tan simple de “que la riqueza moderna sólo se crea en la buena gestión de las actividades empresariales” (1996: 45). Un ejemplo de esto es el Tratado de Libre Comercio entre México, Canadá y los Estados Unidos, el cual se ha implementado para beneficio de los tres países.

Otro postulado importante en *Las venas abiertas* es que América Latina sigue trabajando para llenar las necesidades ajenas pues los países desarrollados se benefician mucho más al

consumir los productos latinoamericanos que los latinoamericanos al exportarlos. Por lo tanto, este sistema debería terminar. A esto los autores del *Manual* responden de la siguiente manera:

supongamos que los evangelios del señor Galeano se convierten en política oficial de América Latina y se cierran las exportaciones del petróleo mexicano o venezolano, los argentinos dejan de vender en el exterior carnes y trigo, los chilenos atesoran celosamente su cobre, los bolivianos su estaño, y los colombianos, brasileños y ticos se niegan a negociar su café, mientras Ecuador, Honduras hacen lo mismo con el banano. ¿Qué sucede? Al resto del mundo, desde luego, muy poco, porque toda América Latina apenas realiza el ocho por ciento de las transacciones internacionales, pero para los países al sur del Río Grande la situación se tornaría gravísima. Millones de personas quedarían sin empleo, desaparecería casi totalmente la capacidad de importación de esas naciones y, al margen de la parálisis de los sistemas de salud por falta de medicinas, se produciría una terrible hambruna por la escasez de alimentos para los animales, fertilizantes para la tierra o repuestos para las máquinas de labranza (1996:47).

Otro de los argumentos de Galeano para explicar la pobreza de los países latinoamericanos es los altos impuestos que imponen a sus consumidores los países que compran los productos latinoamericanos y los bajos precios que pagan por esos productos de Latinoamérica. La respuesta del *Manual* a esta aseveración es que las tarifas impuestas por los países importadores de productos latinoamericanos no constituyen una fuente de riqueza privada sino que van a dar a la tesorería pública. El verdadero propósito de las tarifas es disuadir las importaciones. Pero, siguiendo la lógica de Galeano, esto equivaldría a detener el flujo de sangre de los países latinoamericanos. Sin embargo, él no lo ve así. El verdadero problema, dicen los autores del *Manual*, es que

Latinoamérica no tiene suficientes cosas que exportar. Es decir, el continente no exporta los suficientes productos para mejorar su situación económica.

Una explicación de Galeano, que Mendoza, Montaner y Vargas Llosa encuentran verdaderamente fuera de toda explicación objetiva es la teoría de los precios justos. Es decir, el autor de *Las venas abiertas*, se opone a las leyes del libre mercado, al sistema de oferta y demanda, que según los autores del *Manual*, es el único sistema justo posible. La práctica de hacer responsables a los burócratas del Estado para que asignen los precios a todos los artículos y productos del país, es precisamente lo que llevó al colapso económico a la Unión Soviética y a sus satélites. Pero si se habla de precios justos, como Galeano propone, entonces los demás países desarrollados exigirían precios justos por todo lo que producen: medicinas, aviones, coches, televisores, computadoras, etc. Y entonces ¿adónde iríamos a dar? El *Manual* presenta el siguiente argumento para rebatir la teoría de los precios justos:

Y si después de llegar a un acuerdo planetario para que todas las mercancías tuvieran su precio *justo*, de pronto una epidemia terrible eliminara todo el café del planeta, con la excepción del que se cultiva en Colombia, y comenzara la pugna mundial por adquirir-lo, ¿debería Colombia mantener el precio *justo* y racionar entre sus clientes la producción, sin beneficiarse de la coyuntura? ¿Qué hizo Cuba, en la década de los sesenta, cuando realizaba el ochenta por ciento de sus transacciones con el Bloque del Este, a precios *justos* (es decir, fijados por el Comité de Ayuda Mutua Económica CAME--), pero de pronto vio cómo el azúcar pasaba de 10 a 65 centavos la libra? ¿Mantuvo sus exportaciones de dulce a precios *justos* o se benefició de la escasez cobrando lo que el mercado le permitía cobrar? (1996:50-51).

Galeano se queja de que de los empréstitos y las inversiones extranjeras se sacan ganancias desproporcionadas. Y a los que invierten en Latinoamérica les llama 'inquisidores y verdugos' por el simple hecho de buscar beneficios para sus inversiones. El *Manual* responde a esta queja señalando que una de las realidades del mercado libre es recibir ganancias por los préstamos otorgados, lo cual indica que para que se conceda un empréstito muchos millones de personas, de antemano, han realizado ahorros; o sea, han producido más de lo que han gastado y las leyes del mercado libre permiten que de esas inversiones se obtenga alguna ganancia. Y contenía el *Manual* diciendo:

Una mirada un poco más seria a este asunto demuestra que el noventa por ciento de las inversiones que se realizan en el mundo se hacen entre naciones desarrolladas, porque ese "caudaloso manantial" de ganancias que aparentemente fluye del país receptor de la inversión al país inversionista es mucho más rentable, seguro y predecible entre naciones prósperas, con sistemas jurídicos confiables, y en las cuales las sociedades son hospitalarias con el dinero ajeno. ¿Se han dado cuenta Galeano y sus acólitos que las naciones más pobres de la tierra son aquellas que apenas comercian con el resto del mundo y en las que casi nadie quiere invertir? (1996:51-52).

De nuevo, Galeano, sin tomar en cuenta la realidad histórica arguye que debido a los mecanismos propios del capitalismo, todo gira en beneficio de las metrópolis extranjeras ya que éstas son las que determinan los modos de producción de los países más débiles para poder controlarlos. Es decir, Galeano cree firmemente que detrás de todo el tráfico comercial entre naciones hay siempre una siniestra conspiración. En respuesta a esta aseveración se preguntan los autores del *Manual*:

¿Qué nación o qué personas le asignaron a Singapur, a partir de 1959, el papel de emporio económico asiático especializado en la alta tecnología de bienes y servicios? O—por la otra punta—¿qué taimado grupo de naciones condujo a Nigeria y Venezuela, dos países dotados de inmensos recursos naturales a la desastrosa situación en la que hoy se encuentran? Sin embargo, ¿qué mano extraña y bondadosa colocó a los argentinos del primer cuarto de siglo XX entre los más prósperos ciudadanos del planeta? Pero como a Galeano le gustan los determinismos económicos, acerquémonos al propio Estados Unidos y preguntemos qué poder tremendo desplazó el centro de gravitación económica de la costa atlántica al Pacífico, y hoy lo traslada perceptiblemente hacia el sur. ¿Hay también una invisible mano que mueve los hilos del propio corazón del imperialismo? (1996:53).

Los autores del *Manual* continúan señalando otras verdades históricas que se le han escapado a Galeano. Por ejemplo, el hecho de que los países escandinavos son prósperos sin necesidad de tener colonias. Y que los países que han tenido colonias en el pasado, como España, Portugal y Holanda, están mucho mejor ahora que no tienen colonias.

Otra de las aseveraciones de Galeano es que el bienestar de las clases dominantes en Latinoamérica significa la escasez de los menos afortunados en lo que se refiere a la posesión de bienes materiales. Es decir, que los que tienen más tienen más porque le roban a los otros lo que les corresponde. Los autores del *Manual* responden afirmando que Galeano ignora la complejidad con que en cada sociedad millones de personas adquieren acceso a los bienes y servicios disponibles. A la vez los autores le aplican a Galeano sus mismos argumentos y concluyen con una fina dosis de ironía: "Se ha puesto a pensar el señor Galeano a quién le roba él su relativa comodidad de intelectual bien situado, frecuente pasajero trasatlántico? Porque si ese nivel de vida muelle y

agradable es más alto que el promedio del de sus compatriotas, su propia lógica debería llevarlo a pensar que está hurtándole a alguien lo que disfruta y no le pertenece, actitud impropia de un honrado revolucionario permanentemente insurgido contra los abusos de este crudelísimo mundo nuestro.” (1996:56).

Una de las constantes en los argumentos de la izquierda es la teoría de la dependencia, que sostiene que la desigualdad que existe entre países se debe a que los más poderosos suelen tomar ventaja de las debilidades de los menos poderosos para explotarlos y sojuzgarlos. Lo que ocurre, dicen los autores del *Manual*, es que todo país, por pequeño que sea, si se dedica a hacer bien las cosas y a aprovechar sus recursos y su ingenio encontrará su lugar peculiar en la comunidad de naciones, que le permitirá no sólo sobrevivir sino superarse además. El *Manual* da como ejemplo a los ciudadanos de las Bahamas, que tienen un alto nivel económico (el tercero en Norteamérica después de Estados Unidos y Canadá) porque se dedican a recibir millones de turistas cada año. Y otros países pequeños son prósperos porque se dedican a hacer bien las cosas sin temor a que otros les impidan prosperar. Entre estos países se encuentran Israel, Andorra, Mónaco, Liechtenstein, Taiwan, Singapur (que ya se ha mencionado), Luxemburgo, Suiza, Curazao, Gran Caimán y Dinamarca. Y en Latinoamérica, Costa Rica hace mejor las cosas que sus vecinos y por esa razón es un país más próspero. De nuevo los autores del *Manual* responden con una burla punzante a los argumentos de la izquierda: “Cómo los neozelandeses, colocados en las antípodas del mundo, separados en dos islas, y con una población de apenas tres millones de bucólicos sobrevivientes, tienen un nivel de desarrollo económico europeo? Porque, en lugar de leer a Galeano, se dedican a criar y vender la lana de sesenta millones de ovejas,

exportan flores, y—de unos años a esta parte—brindan a los viajeros una buena oferta de turismo ecológico.” (1996: 57).

El último argumento de Galeano que ataca el *Manual* es la idea de que el imperialismo trata de imponer sus valores mediante programas diversos para controlar la natalidad en los países latinoamericanos donde no sobra gente sino falta, según el pensador uruguayo. Y pone como ejemplo de la resistencia contra el imperialismo la Revolución Cubana. La respuesta de los autores del *Manual* a tal argumento constituye nada menos que el tiro de gracia a la ideología izquierdista:

El problema es que Cuba, tras la desaparición del Bloque del Este, da muestras desesperadas de querer abrirse las venas para que el capitalismo le succione la sangre, mientras afronta su crisis final con medidas de ajuste calcadas del recetario del FMI. La isla—en efecto —está pidiendo a gritos préstamos e inversiones exteriores para crear *joint ventures* en los que se despoja a los trabajadores del noventa y cinco por ciento de su paga, mediante el cínico expediente de cobrarle en dólares los salarios al socio extranjero, para pagarles a los obreros en pesos inservibles y devaluados que se cambian en el mercado negro a cuarenta por uno. Esa Cuba que Galeano pone como ejemplo llora y presiona desde todas las tribunas a los Estados Unidos para que levante su prohibición de comerciar—el maldito embargo—y regrese a explotar a los pobres cubanos, como es su cruel tradición. Y mientras hace esto, contradiciendo el recetario de Galeano, la Isla mantiene, a base de abortos masivos, la tasa de natalidad más baja del Continente, y la más alta de suicidios, pese a que es catorce veces más grande que la vecina Puerto Rico y proporcionalmente mucho más despoblada.(1996:64).

Hacia las postrimerías del año 1998, Mendoza, Montaner y Vargas Llosa publican un segundo libro que constituye la secuela a *Manual del perfecto idiota*. Se trata de *Fabricantes de miseria*, un estudio penetrante e iluminador sobre Latinoamérica, que

además incorpora algunas nociones sobre la realidad actual de España. Este segundo libro va mucho más allá del libro anterior. Mientras que en *Manual* los autores elaboran la sistemática deconstrucción de la ideología marxista y proponen vigorosamente el liberalismo, en *Fabricantes de miseria* hacen una valoración de los diversos elementos e instituciones que mantienen a los países latinoamericanos en la miseria crónica. ¿Su respuesta a esta triste realidad? La economía de libre comercio pero sin trampas ni componendas políticas que tienden a sacar ventaja disminuyendo o eliminando así la competencia justa. *Fabricantes de miseria* hace una verdadera radiografía de la sociedad pues estudia a políticos, militares, guerrilleros, sacerdotes, intelectuales, sindicatos, empresarios, universidades, y al Estado mismo. Explica de qué manera cada uno de estos elementos e instituciones opera para contribuir a la proliferación de la miseria. Explica cómo las malas ideas conducen a las malas actitudes y cómo éstas acarrearán consecuencias nefastas. El libro pinta un cuadro que podría fácilmente llenar al lector de pesimismo porque expresa verdades dolorosas. Sin embargo, los autores insisten en que hay esperanza y que es posible para las sociedades latinoamericanas salir de la pobreza. Apuntan que algunos países fueron prósperos en un tiempo y podrían volver a serlo, y los que no han conocido riqueza podrían superar esa condición simplemente cambiando de modo de pensar y adoptando una actitud diferente. Dicen:

Es una fórmula al alcance de todas las sociedades, que nada tiene de secreta, y que consiste en una suma relativamente sencilla de políticas públicas, un enérgico esfuerzo en materia educativa, legislación adecuada, y un sosegado clima político, económico y social que propenda a la creación de riquezas, estimule al ahorro y

genere montos crecientes de inversión. (1998:13).

Fabricantes de miseria empieza con los políticos a quienes llama “vendedores de milagros” y explica que ellos son los más expertos en generar pobreza (hablando en términos generales pues los autores reconocen que hay políticos honrados). El libro habla de aquellos que roban los fondos públicos a manos llenas, como Salinas de Gortari en México, y de aquellos que sin apropiarse del dinero ajeno se rodean de hombres corruptos y permiten que éstos saqueen al Estado, como Balaguer en la República Dominicana. Esta es una tradición que se estableció desde la llegada de los españoles. La idea no era de que el individuo sirviera al Estado sino de que el Estado estuviera allí como fuente de riqueza para los que ascendían al poder. De ahí prácticas empobrecedoras como el nepotismo y el clientelismo que debilitan la sociedad pues los que sirven no son los que más méritos tienen sino los que se acomodan a través de influencias. Y al no fomentar la democracia los políticos crean condiciones propicias para que se gesten y se levanten las fuerzas del fascismo o del comunismo. Los autores señalan otros males como el caudillismo y la falta de democracia dentro de los partidos políticos. Cuando las cosas andan mal dentro del gobierno surge la figura del caudillo para poner orden al caos, pero lo malo es que no se sujeta a las leyes establecidas sino que simplemente impone su voluntad perpetuando así la falta de democracia.

Otro elemento que recibe una buena dosis de crítica de los autores es la figura del militar pues una de las tradiciones más notables en Latinoamérica es el autoritarismo ejercido por los militares. Estos, según Mondoza, Montaner y Vargas Llosa, han

sido grandes generadores de miseria en el continente ya que, en vez de tomar el lugar que les corresponde dentro del gobierno, han ejercido el poder y lo han hecho muy mal, lo cual ha conducido a los países al fracaso social y económico. En vez de constituirse como la institución que debería ser el ejército en los países latinoamericanos se ha constituido como un estado dentro del Estado. Hay muchísimos nombres que se pueden enumerar, pero unos de los que más se han destacado desde el siglo XIX hasta estos últimos tiempos son: Santa Anna y Porfirio Díaz en México, Rosas y Perón en Argentina, El Doctor Francia y Strossner en Paraguay, Rojas Pinilla en Colombia, Pérez Jiménez en Venezuela, Noriega en Panamá, Somoza en Nicaragua, Trujillo en la República Dominicana y Fidel Castro en Cuba, entre otros.

Ahora bien, ¿a qué se debe esta impresionante proliferación de dictadores latinoamericanos? Los autores explican que a raíz de la independencia surge una nueva casta que reemplaza a la aristocracia virreinal: la casta de los generales, quienes constituyen una nueva aristocracia. Como hombres de armas que son establecen lo que el libro llama “la tradición del fusil” y se disputan el poder mediante pronunciamientos (1998:41). Vale decir que los autores no hacen diferencias entre dictadores de derecha y de izquierda en lo que se refiere al uso de la fuerza militar para imponer una voluntad contraria al bienestar del pueblo. Es decir, los que no eran militares al principio sí lo fueron después, como Fidel Castro y Daniel Ortega (1998:52-53).

Al otro extremo de los militares se encuentran los guerrilleros, a quienes los autores del libro denominan los “Robin Hood contra los pobres” por los resultados tan increíblemente desfavorables contra los sectores más desvalidos de la sociedad que la actividad

guerrillera ha tenido en todo el continente latinoamericano.

Uno de los propósitos del libro es desmitificar la figura de varios guerrilleros, sobre todo la del Che Guevara, que para muchos se convirtió en un místico revolucionario, en una especie de contraparte secular de Cristo. *Fabricantes de miseria* cita a varios historiadores que han publicado biografías del Che en las que se presenta a una figura vista con más objetividad y equilibrio que antes.

Para complementar la crítica que se hace de la ideología marxista en *Manual de perfecto idiota, Fabricantes de miseria* señala tres dispensas que la ideología revolucionaria les hace a los guerrilleros. Para esto cita el libro de Jean Francois Revel titulado: *El conocimiento inútil*. La primera es la dispensa intelectual, que sustituye la crítica objetiva de la realidad por razonamientos teóricos altamente deficientes.

La segunda es la dispensa moral, mediante la cual desaparece todo discernimiento del mal. Los crímenes sangrientos, aun aquellos perpetrados contra los sectores más deshauciados de una sociedad, se justifican pues todo se hace al servicio de la ideología. Y las matanzas de ciudadanos se consideran sólo un paso más hacia la liberación total ya que para poder construir una nueva sociedad hay que destruir la que existe, y liquidar a todo aquel que se interponga en el camino. Después de citar afirmaciones del Che Guevara y de Abimael Guzmán que ellos consideran simplistas, los autores hacen esta observación: "Como se ve, en estos fanáticos la indigencia intelectual pisa abiertamente ciertas formas de cretinismo." (1998:69).

La tercera es la dispensa práctica. Es decir, los actos perpetrados por los guerrilleros que se niegan a enfrentar la realidad real no importan. Todos los fracasos de la acción

guerrillera encuentran una justificación. La verdad no importa, lo que importa es seguir los dictados de la inflexible ideología. La izquierda latinoamericana, apuntan los autores, es muy amante de crear mitos regresivos pues funde las emociones fuertes con las ideas simples que no cuadran con la verdadera realidad. Por ende, al tratar de imponer por las armas una ideología ineficaz lo que se produce es el desastre y la miseria.

En el capítulo dedicado a la Iglesia Católica y a ciertos curas dentro del Catolicismo latinoamericano el libro concede que la Iglesia ejerce una ingente autoridad moral en la sociedad. Sin embargo, dentro del Catolicismo latinoamericano existe una diversidad de voces. Además, se mencionan tres características de la Iglesia, que son: la confusión, la ambigüedad y, a veces, la contradicción.

A través de la historia de la Iglesia unos teólogos han citado ciertos principios de la Biblia contra la riqueza mientras que otros han citado otros pasajes bíblicos en favor de la prosperidad. Los autores señalan que padres de la Iglesia como Santo Tomás y San Agustín no censuraron las riquezas aunque sí amonestaron sobre el uso correcto de ellas. En el siglo XIX en Europa se establece la separación entre Iglesia y Estado. La creciente secularización genera una especie de anticlericalismo y la Iglesia afirma su posición contra las filosofías materialistas. También surge la idea de que el Estado es el que debe asumir un papel central en el desarrollo económico. Esto a su vez genera burocracias ineptas y corruptas. En 1959 se efectúa El Concilio Vaticano II con el Papa Juan XXIII, quien propone que haya una especie de entendimiento con los poderes comunistas. En estas reuniones del Concilio Vaticano II tuvieron buena representación los Católicos del llamado Tercer Mundo. Con esto quedó

preparado el camino para lo que después se llamó la Teología de la Liberación. La Iglesia entonces se inclina más hacia el Tercer Mundo. Más tarde surge la teoría de la dependencia que propone que las riquezas de los centros capitalistas se acumulan mediante un plan diseñado a empobrecer a los países del Tercer Mundo.

Fabricantes de miseria hace una crítica vigorosa contra el documento de la Iglesia publicado por el Papa Pablo VI llamado *Populorum Progressio*. Este documento rompe con el pasado y se constituye como base de la Teología de la Liberación y a la vez hace una serie de declaraciones de orden económico.

El *Populorum Progressio* condena los métodos mediante los cuales se adquiere un mejor nivel de vida económico. Los autores arguyen que la Iglesia cae en una lamentable contradicción ya que los principios de la búsqueda del lucro, la competencia, y la propiedad privada son en realidad manifestaciones esenciales de la naturaleza humana. Y si eso se condena, entonces cómo espera la Iglesia que los seres humanos desposeídos puedan aspirar al nivel de vida de comodidad que todos deseamos alcanzar. Por eso es que censurar el trabajo que conduce a un nivel de vida más alto pone el razonamiento de la Iglesia en una injustificable contradicción. Sobre este asunto, dicen los autores, ni la Iglesia ni el Papa han ejercido suficiente discernimiento (1998:119). Y en cuanto a la alianza entre los curas seguidores de la Teología de la Liberación y los marxistas, los autores afirman que ha resultado en algo desastroso ya que se ha predicado la misma fórmula que ha producido miseria por todas partes.

Mendoza, Montaner y Vargas Llosa incluyen a los intelectuales entre los que fabrican miseria en Latinoamérica. Recomiendan que no conviene confiarse de ellos porque su influencia en la sociedad

suele ser ingente ya que son los intelectuales los que generan las ideas y teorías que otros adoptan y convierten en políticas, pero tales ideas y teorías podrían ser perniciosas por su capacidad para producir malos resultados, y por ende, hay que examinarlas cuidadosamente. Y en lo que respecta a los intelectuales latinoamericanos, dicen, ellos han sido portadores de múltiples errores.

Los autores hacen una observación interesante que vale la pena incluir aquí. Sugieren que el intelectual latinoamericano carece de prestigio dentro de una sociedad democrática donde las ideas tienen que ser evaluadas libremente por el mérito o la falta de mérito que entrañan, según sea el caso, sin que el intelectual tenga que resguardarse dentro de su status de intelectual. Por eso es que la actividad del intelectual tiende a florecer dentro de las dictaduras, ya sea como “cortesanos”, es decir, al servicio de una dictadura, o como “disidentes”, es decir, en oposición a la misma. Entonces apuntan la gran contradicción: el comportamiento de los políticos lo juzga la historia, pero el de los intelectuales sólo lo juzgan otros intelectuales, pero “nunca las víctimas o beneficiarios de los sistemas que propugnan, lo que les confiere de entrada una suerte de impunidad moral.” (1998:143). El libro hace un largo recuento de los intelectuales latinoamericanos—la mayoría de los cuales son poetas o novelistas—señalando, por una parte, la visión del mundo que se encuentra en algunas obras literarias, que los autores consideran reotrógrada; y por otra parte, apuntan las graves contradicciones en la conducta política de muchos de estos intelectuales. Finalmente, *Fabricantes de miseria* llega a la conclusión de que la gran mayoría de los intelectuales latinoamericanos ha caído en la abdicación moral.

Una institución cuya actividad a través de los años se ha

levantado como una gran barrera contra el verdadero desarrollo económico de Latinoamérica es los sindicatos, según apunta *Fabricantes de miseria*. Los sindicatos habían asumido la función de defensores de los intereses de la clase trabajadora. Sin embargo, la actividad de los sindicatos suele estar fundada sobre la misma ideología anticuada e ineficaz que los autores han venido atacando en muchas páginas. Una ideología que, sin duda se inspira en una verdad histórica irrefutable, a saber, la explotación de las clases obreras, pero que para los tiempos modernos en que vivimos, resulta inoperante. Los autores indican que la meta de los sindicatos ha sido siempre acabar con el sector empresarial o por lo menos frenar sus actividades ya que éste es considerado enemigo de la clase trabajadora.

El libro también tiene mucho que decir sobre los empresarios, pero no los empresarios que aplican una buena dosis de creatividad para servir a los consumidores, sino aquellos que practican una especie de mercantilismo que obstruye la calidad y la producción de un determinado país, mermando así toda la economía. Los autores definen mercantilismo como “un sistema perverso que convierte al reparto de privilegios en el factor determinante de toda o de una parte de la vida económica.” (1998:219). En el siglo XIX los marxistas atacaron el existente mercantilismo, es decir, el aspecto negativo del capitalismo, pero según indican los autores, en la conciencia colectiva quedó grabado el vínculo entre capitalismo y explotación. El argumento que se presenta es que el mercantilismo en Latinoamérica es el sistema que prevalece, aun cuando algunos gobiernos pretenden tomar medidas de privatización para mejorar la economía. Sin embargo, esto no da buenos resultados porque se hace sin erradicar el mercantilismo. Es decir, se concentra la riqueza del

país en manos de un pequeño grupo de empresarios y se perpetúan los vicios. El libro propone que para que haya un verdadero desarrollo económico debe haber verdadera libertad en el mundo del comercio. Y para eso hay que eliminar los mercados cautivos, o sea, eliminar la práctica gubernamental de otorgar contratos sólo a ciertas empresas y además erradicar la costumbre de tener al Estado como socio para recibir protección frente a las empresas extranjeras ya que las empresas nacionales por gozar de la protección del gobierno suelen sacar al mercado productos de calidad inferior.

Otra institución que contribuye al empobrecimiento del continente latinoamericano es la universidad. Al valorar esta institución desde una perspectiva histórica *Fabricantes de miseria* lamenta el hecho de que se han heredado malos hábitos y sistemas de pensamiento que no cuadran con la realidad actual. Por una parte se cita el escolasticismo, heredado de España desde la época medieval, que los autores califican como “ese verbalismo inclemente y retórico, con el que fabricamos una realidad virtual hecha meramente de palabras.” (1998:257). Por otra parte, se hace referencia al marxismo, que en el siglo XX ha saturado las universidades latinoamericanas y que se sigue predicando desde las aulas con verdadero fervor evangélico. De ahí que el ambiente universitario actual sea uno en el que constantemente se repiten fórmulas gastadas impulsadas por un dogmatismo que no permite la creatividad ni la investigación objetiva. En las universidades latinoamericanas faltan tres ingredientes importantes, dice el libro: “rigor, seriedad y audacia para pensar por cuenta propia.” (1998:254). La verdadera misión de la universidad, la cual no están cumpliendo las universidades latinoamericanas, es primeramente capacitar a los estudiantes para que sean profesionales

competentes, después hacer investigación seria para adquirir nuevos conocimientos y combatir las ideas caducas y equivocadas, y por último, transmitir un sistema de valores sanos que conduzca a la búsqueda de la verdad y al progreso de los pueblos. (1998:268-269).

El libro reserva para el final sus críticas contra el Estado dirigista. Explica que los males hay que verlos desde una perspectiva histórica pues la herencia colonial española ha quedado muy arraigada en la experiencia de Latinoamérica. Desde el principio, el Estado ejerció control sobre toda actividad humana. Eso viene desde los tiempos de la Inquisición y la Contrarreforma, sistemas que se encargaron de sofocar la libertad, la iniciativa personal y la creatividad. Más tarde, con las filosofías que surgieron en el siglo XIX y que prendieron en el siglo XX, el Estado se convirtió en el benefactor de los pueblos, en la institución que estaba destinada a corregir las inequidades, y las injusticias. Lo que resultó, dicen los autores, fue una especie de autoritarismo en el que se desarrolla un ambiente propicio a toda suerte de irregularidades, y a la práctica de políticas económicas que producen sólo resultados nefastos. El Estado dirigista siempre levanta obstáculos contra la libre economía de mercado, y por lo tanto se constituye en “el padre del despilfarro, del clientelismo y de la corrupción, y por ello mismo, de la pobreza.” (1998:286). Los autores hacen un recuento de los diversos países latinoamericanos, y llegan a la conclusión de que el país que actualmente está dejando atrás esas prácticas nocivas heredadas del pasado es Chile.

Pero, en buenas cuentas, ¿qué es lo que hay que hacer? Los autores emplean una palabra clave: cosmovisión. Primeramente, la cosmovisión es lo que hay que cambiar. Cosmovisión lo abarca

todo: “nuestra idea de la sociedad, de la economía, de nuestra posición como individuos frente a la realidad circundante. Ahí están nuestros paradigmas, nuestra estructura de valores y nuestras actitudes.” (1998:306). Entonces, lo más lógico sería que al modificar la cosmovisión, los países subdesarrollados, o en desarrollo, alinearan su cosmovisión conforme a la de aquellos países que han alcanzado el éxito y siguen disfrutando del mismo. Para lograr esto hay que observar bien ante todo, para ver qué rasgos hay en común entre aquellas naciones que han prosperado. Se deduce que para cultivar un ambiente en el que exista la libertad para el desarrollo social y económico hay que tener el tipo de democracia donde los gobernantes sean en verdad unos servidores del pueblo y no los que se aprovechan del pueblo para beneficiarse a sí mismos y ejercer un poder que no les corresponde. Asimismo las diversas instituciones—gubernamentales, académicas, comerciales, religiosas—de cada país deben renovarse para establecer de común acuerdo el propósito de trabajar para el bienestar general del pueblo. Por ende, al observar cuidadosamente, se nota que las sociedades más avanzadas del mundo son aquellas en las que se respetan los derechos humanos y se fomenta la libertad individual y colectiva para que los ciudadanos puedan labrarse el futuro según las aspiraciones que los inspiren.

Conclusión

Los textos que hemos revisado constituyen, a nuestro parecer, un genuino esfuerzo de sus autores por esclarecer la problemática latinoamericana; y como tales, representan tres momentos importantes en el pensamiento latinoamericano de fines del siglo pasado, y a la vez un desafío para este nuevo siglo. Octavio Paz, como precursor, inicia el análisis de la visión marxista de la realidad y de la secuela de errores, engaños y crímenes engendrados por la imposición de tal modelo por aquellos que han sido sus más fieles intérpretes. Paz aboga por la verdadera democracia representativa. Nos muestra con elocuencia la ceguera moral y el oscurantismo político en que cayeron muchos pensadores cuya misión era la de iluminar y presentar alternativas democráticas viables para el mejoramiento de las sociedades latinoamericanas. Con su libro, *Manual del perfecto idiota*, Mendoza, Montaner y Vargas Llosa parten de las ideas de Octavio Paz y dan el siguiente paso. Es decir, hacen una sistemática deconstrucción del izquierdismo marxista dándole, al final de cuentas, el tiro de gracia con argumentos contundentes. Al mismo tiempo, defienden el liberalismo como mejor alternativa para Latinoamérica. Luego, el tercer paso lo dan con *Fabricantes de miseria*, que, como hemos mencionado, constituye una radiografía de la verdadera realidad latinoamericana pues analiza la confluencia de las diversas instituciones y los elementos socio-políticos que operan en un clima antidemocrático perpetuando así la pobreza. Y de nuevo, proponen la empresa de libre comercio dentro del liberalismo democrático como la única alternativa para efectuar los cambios necesarios hacia un desarrollo económico y una sociedad más justa y estable.

Como ensayos, los textos que hemos estudiado son en verdad intrépidos y polémicos ya que ponen en tela de juicio toda una visión del mundo y todo un complejo de actitudes, hábitos y costumbres que se han arraigado en el pensamiento latinoamericano y en la cultura a lo largo de muchas generaciones. Sin duda hay en ellos ideas y argumentos cuya eficacia en la práctica podría cuestionarse pues la tarea de transformar la cosmovisión de toda una sociedad continental es ciertamente ardua. Podría cuestionarse, por ejemplo, el hecho de que los autores no favorecen ningún tipo de mecanismo de control dentro del liberalismo, y que por lo tanto, la libertad sin controles podría conducir a la creación de desigualdades semejantes a las que se intenta eliminar. Sin embargo, creemos que en su esencia, las ideas que proponen y los principios que defienden son irrefutables. Lo que queda por ver es si aquellos que están en una posición de ejercer influencia a través de las diversas instituciones en todas las esferas de la vida pública estarían dispuestos a embarcarse en una nueva aventura a fin de superar los degradantes niveles de pobreza y poner a las sociedades latinoamericanas al nivel de los países más desarrollados del mundo. Ese es el verdadero desafío para Latinoamérica en este nuevo siglo.

Bibliografía

Mendoza, Plinio Apuleyo, Carlos Alberto Montaner, y Alvaro Vargas Llosa. (1998) *Fabricantes de miseria*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, S.A.

_____. (1996)

Manual del perfecto idiota latinoamericano, Barcelona: Plaza y Janés Editores. S.A.

Paz, Octavio. (1979) *El ogro filantrópico*, México: Joaquín Mortiz.

_____. (1994) *Itinerario*, Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A.

_____. (1983) *Tiempo nublado*, Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A.